



"Ay de mí si no predico el Evangelio!"

1Cor. 9, 16

Pablo se constituyó en el predicador y misionero más importante de los primeros días de la Iglesia y gracias a su tarea evangelizadora podemos decir, sin lugar a dudas, que la Buena Nueva de Jesucristo salió de los recodos y caminos de Galilea para alcanzar, hasta hoy, a todo hombre y mujer de buena voluntad que llega a este mundo, en todos los rincones de la tierra.

¿Qué impulsó a Pablo a esta misión a la que desde el momento de su conversión dedicó incondicionalmente el resto de sus días? Cuál fue el motor de tarea apostólica? Cuál fue su "fuerza" y su motivación?

Fue la certeza de haber encontrado en la persona de Jesucristo, la felicidad que todo hombre y mujer busca y anhela en este mundo. Desde ese encuentro personal que tuvo con Jesús, al que perseguía, Pablo se dedicó por entero a contar a otros las maravillas obradas por Cristo en El. Maravillas entendidas por Pablo como obras del Crucificado para la salvación de los hombres que, ha de llegar y alcanzar a todos sin distinción de razas, condiciones, nacionalidades, edades, etc.

Por ello, la afirmación fundamental de la Resurrección de Jesucristo en Pablo nace

de una experiencia personal: el Crucificado cambió su vida y revistió de una nueva mentalidad: el Crucificado ¡"Vive"!

Esta confesión de fe primordial en la teología de Pablo no nace de una tarea de tipo intelectual sino de una experiencia cotidiana avalada y confirmada por el testimonio de los primeros, cristianos (hombres y mujeres mártires) a los que el mismo Pablo perseguía vehementemente impulsado y en perfecta coherencia por el ardor de sus anteriores convicciones farisaicas. Porque si algo es claro en Pablo es su autenticidad: primero vivió como el más fariseo de los fariseos y desde su encuentro con Cristo vivió auténticamente como cristiano.



Que estas líneas nos animen a conocer más y seguir de manera más auténtica al Apóstol Pablo en la misión que todos tenemos como bautizados: vivir y predicar, con hechos y con palabras, el Evangelio de Jesucristo que es, como para Pablo, nuestro poder, nuestra fuerza, nuestra salvación, nuestra felicidad, nuestra vida eterna, la plenitud de nuestra existencia y de la historia humana.

CONTENIDO

"Ay de mí si no predico el Evangelio"..... 1

¿Quien quiere ir al Cielo?..... 2-3

Reflexión: Los Abuelos 3

Juro por Dios 4

CASA DE LA IGLESIA

Av. Corregidora
No. 700 Nte.
San Pedro
Garza García, N.L.

www.ebam.org

Teléfonos:

(81) 8336-9914

(81) 8336-9955



Con tanto ajeteo en la vida de hoy, a pesar de no tener tiempo para nada, todavía traemos una cosquillita de dentro que nos obliga a pensar en el misterio de la vida y en lo que viene después...

Tenemos una fe cristiana que nos da respuestas, pero parece ser que hemos dejado esa fe atrofiada y desnutrida como a niño que se le ha impedido crecer. Sólo nos acordamos de que tenemos fe en tiempos de tempestades o tragedias. Ante los duros golpes de la vida, nos damos cuenta que nuestra fe, a la que no hemos dejado desarrollar, no llega a satisfacer esas necesidades urgentes de adulto. Peor todavía, nos refugiamos entonces en prácticas "devotas" escapistas que inclusive rayan con la superstición. Esos remedios superficiales nunca nos resuelven los problemas, y lo peor, no nos traen la paz del corazón.

Y seguimos con la preocupación y hasta el miedo de lo que viene después...

Dios nos da la fe, pero nosotros tenemos que nutrirla a través de las alegrías y las penas, la salud y la enfermedad, a lo largo de nuestra vida. ¿Estamos solos? Pues, no. Si creemos en Jesucristo, como decimos, tenemos que ahondar en las enseñanzas que nos dejó en sus evangelios. Ahí Él nos explica el misterio de la vida, lo que importa y lo que no importa, la actitud que nos hará libres, y el camino a seguir. Él nos aseguró que estaría con nosotros, con cada uno de nosotros, todos los días de nuestra vida.



Jesús fue muy claro en las actitudes básicas humanas para aquellos que quieren seguirlo. Nos dijo que Él era *el camino, la verdad y la vida*. Si Él es el camino, tenemos que tratar de entender bien sus enseñanzas, reflexionar sobre la actitud de vida que nos mostraba en sus parábolas, discursos, y hasta gráficamente, con el ejemplo de su propia vida.

Al final, nos dijo que nos convenía que Él se fuera, para dejarnos en manos del Espíritu Santo. El Espíritu Santo nos explicaría a cada paso, tanto a cada uno como en Comunidad, las enseñanzas de Cristo. Lo más importante era que quedaba implícito el respeto a nuestra libertad para "ganarnos" el Cielo prometido.

Y nos vuelve la cosquillita: el cielo, la vida eterna, nuestra actuación responsable en esta vida.

Al “escuchar” las enseñanzas de Cristo, entendemos que esa actitud de buscar siempre el bien y evitar el mal, no admite la arrogancia ni el creerse mejor que nadie. Ahí están los duros ataques de Jesucristo contra los fariseos e hipócritas. La actitud del cristiano implica la humildad como virtud fundamental.

Si llegamos a comprender lo que significa la misión a la que Cristo nos ha llamado y la confianza que ha depositado en nosotros para llevar este mensaje a los demás, no podríamos recostarnos y mirar el mundo pasar. Nos ha dicho que somos luz del mundo y sal de la tierra. Vivimos en un mundo, tanto oscurecido por las tinieblas del odio, como insípido y desabrido por falta de la ale-

gría del amor. La violencia, la deshumanización reinante, la desmoralización de nuestras sociedades y tantos males que padecemos, sólo pueden ser transformados por una fe viva que nos traiga respuestas para todos los tiempos, todas las razas, culturas y naciones.



Solamente la fe cristiana ha sobrevivido el embate de los tiempos y nos llega hoy transparente y cristalina con respuestas para el mundo de hoy. Esa fe, nos pide una decisión

personal de cada uno. Nunca es tarde para tomar esa decisión. Jesús nos puede llamar a cualquier edad y etapa de nuestra vida personal

Aunque seamos débiles y con muchas imperfecciones, siempre podemos entregarnos a seguirlo en su Camino. Después Él se encargará del resto, ayudándonos a cada paso, levantándonos si volvemos a fallar y tropezar, sobre todo, dándonos fuerzas para seguir.

El mundo de hoy, más que nunca, necesita de nuestra participación, cada uno según su capacidad. Si queremos ir al Cielo, tenemos que decidirnos ser cristianos y trabajar llevando el mensaje de Cristo a todo el mundo con humildad y confianza.

AUTORES CATOLICOS

Los Abuelos



El abuelo y la abuela se habían peleado, y la abuela estaba tan enojada que no le dirigía la palabra a su marido. Al día siguiente, el abuelo no conseguía sacar a la abuela de su mutismo. Al fin, el abuelo se puso a revolver armarios y cajones. Y cuando llevaba así unos minutos, la abuela no pudo contenerse y le gritó airada:

“¿Se puede saber que demonios estas buscando?”

“¡Gracias Dios, ya lo he encontrado!” -Le respondió el abuelo con una maliciosa sonrisa- “¡TU VOZ!

El rechazar a los que nos ofenden nada soluciona. No ayuda al que nos ha ofendido ni nos ayuda tampoco a nosotros mismos, ya que invariablemente sufrimos.

Juro por Dios

El segundo Mandamiento del Ex 20, 7:

"No tomes en vano el nombre de Yavé, tu Dios, porque Yavé no dejará sin castigo a aquel que toma su nombre en vano".

Esto no se refiere a esas invocaciones corrientes que hacemos a Dios, casi sin darnos cuenta. Se trata de algo mucho más serio. El problema está en querer meter a Dios en cosas en las que El nunca entra. Pero nombrar a Dios en asuntos sin importancia, pero normales y sanos, eso es buenísimo, pues a El le gusta estar en todo lo bello del mundo, por pequeño e insignificante que parezca.

Para entender en su justa medida este mandamiento es necesario colocarnos en el contexto en el que fue dictado. El pueblo de Israel acababa de salir de una experiencia sumamente dura: la esclavitud de Egipto. Durante estos largos años ellos habían sido testigos de cómo el faraón les había oprimido duramente en nombre de sus dioses. Sintiendo apoyados por Ra, Osiris o Amón, los faraones se declaraban dueños de todo el país, de las tierras, del pueblo, de su trabajo y de su producción. La invocación del nombre de los dioses encubría robos, injusticias y mentiras. Ellos se sentían apoyados por sus dioses. Pero no se interesaban por saber si aquellos dioses eran verdaderos, ni menos aún si estaban de acuerdo con su modo de proceder. En la mente de ellos los dioses estaban sólo para servir a sus intereses.

Pero el Dios Yavé era diametralmente distinto. El era el Liberador de su pueblo, el que les había sacado con mano fuerte de las garras de los faraones, enfrentando aquellas creencias en los dioses falsos, justificadores del sistema opresor de Egipto. Yavé, por su proclama de presentación, se había colocado en el polo opuesto al de los dioses de los faraones: *"He visto la humillación de mi pueblo en Egipto y he escuchado sus gritos... He bajado para liberar a mi pueblo de la opresión de los egipcios.."* (Exodo 3,7-8). En este contexto reveló Dios su nombre: YAVE. Se trata de "El que es", el independiente, a quien nadie maneja, ni engaña; el que sólo se presta para favorecer la verdad, la justicia y el amor verdaderos. A El nadie le compra. No se deja manusear, ni encasillar...



Por ello, la peor cosa que puede suceder es que alguien utilice el nombre de Dios de la misma manera como el faraón lo usaba: para engañar, dominar y explotar al pueblo. ¡No hay cosa más vil! Tan grave es, que mereció todo un Mandamiento especial.

El eje central de toda comunidad cristiana debe ser la fe en el Dios de la Biblia, que es el Dios de la vida, el Padre bueno que lo ha creado todo para que lo disfruten todos sus hijos: el Dios revelado en Jesús. Pero usar el nombre de Dios para hacer daño a alguien es la peor de las canalladas. Eso es usarlo en vano, o sea, inútilmente. Y como Dios es eficaz, nunca inútil, por eso se le ofende.

Es urgente reactualizar el alcance del segundo mandamiento. Pecan contra él los que juran para engañar o para hacer daño. Pecan los gobernantes que mienten y oprimen en su nombre. Se peca cuando en su nombre se bendicen armas para matar. En su nombre se exterminan a indígenas o se le destruye su cultura. El nombre de dios es pronunciado en vano por muchos para justificar la opresión y para hacer que el pueblo continúe en la "casa de la esclavitud". Pero no se trata de Dios. Es un fanteche, un muñeco: ídolos inútiles y vanos. ¡Invenciones humanas!

En el fondo de todo esto se esconde una pregunta palpitante: ¿En qué clase de Dios creemos? ¿En el Dios de la Biblia, el Dios de Jesús, o en imágenes falsas de dios, dioses creados por nuestros intereses egoístas? ¿Buscamos el rostro resplandeciente del Dios vivo, verdadero y libertador, o inventamos dioses a semejanza de nuestra estrechez de corazón y de mente?